

hacia una cultura sin violencia

Referirse a la cultura actual como a una "cultura de violencia" no es aludir a algunos aspectos parciales: el armamento, el militarismo, la guerra. Se trata de referirse a una cultura en la que la violencia —personal o colectiva, de actos, actitudes o instituciones— aparece como un valor e invade todos los ámbitos de la existencia real: las relaciones personales, el trabajo, las instituciones de todo tipo en que se organiza la convivencia.

En las relaciones personales, la marca de la violencia presenta sobre todo unas relaciones de competencia y de conquista, cuando se trata de relaciones horizontales. No importa para ello el uso de la fuerza, la astucia o la adulación. En las relaciones de tipo vertical, la imposición, sea ésta paternalista o dictatorial, crea relaciones presididas por el miedo y la desconfianza. La hipocresía parece ser el primer valor que debe orientar el encuentro entre personas. La libertad y el mutuo respeto, los menos apreciados.

También el trabajo, la más ineludible tarea humana, se halla envuelta en la violencia. La organi-

zación del trabajo reduce a una inmensa mayoría a la lucha por la existencia. Lejos de desarrollar la capacidad creativa y la iniciativa, fomenta el aburrimiento y el hastío, y embota las capacidades mentales. La mayoría de los hombres que trabajan, lejos de sentirse dominando o transformando la naturaleza, se sienten aplastados y agotados por una tarea que realizan siempre en beneficio ajeno y durante todo su tiempo disponible. El trabajo no se experimenta sino como castigo. No como fuente de liberación y de cultura —instrumento para hacerse más hombre— sino como fuente de esclavitud y de ignorancia —instrumento de su degradación como hombre.

La violencia presenta una dimensión institucionalizada, que supera la dimensión personal, que absorbe en ella la actitudes personales, por encima de la buena voluntad individual, haciendo imposible la neutralidad o la abstención. Si la violencia personal impide prevalentemente las relaciones fraternales, la confianza y la espontaneidad, la violencia estructural tiende a despojar al hombre de su misma

humanidad; su libertad, su capacidad de actuar como sujeto de la historia. su aspiración a una convivencia justa y pacífica, de igualdad y fraternidad. Instauro, por el contrario, relaciones de dominación y dependencia, de manipulación. Divide radicalmente a los hombres y a los grupos humanos en privilegiados y desposeídos, en opresores y oprimidos, en explotadores y explotados, en decisores y ejecutores, en señores y esclavos.

respuestas condicionadas por la violencia

Una cultura de violencia crea contenidos de conciencia en los que la violencia es un valor: valor apreciado por los que a través de ella mantienen sus situaciones de privilegio y por los que a través de ella sueñan en suprimirlas, o bien en convertirse idealísticamente en privilegiados, respecto a aquellos que despojarán de sus actuales privilegios.

Inmersos en esta situación de violencia, las respuestas personales o colectivas quedan condicionadas por ella también.

Están condicionadas por la violencia, en primer lugar, las respuestas que inhiben de la acción: la pasividad, la indiferencia, el desinterés. Son actitudes que nacen del miedo, del desconcierto o del fatalismo. En esta actitud suelen también desembocar, como fruto del desengaño, quienes han sufrido una excesiva represión o una falta de apoyo entre sus mismos compañeros. En teoría se rechaza la violencia pero en la práctica se le deja que corra su curso.

La violencia engendra igualmente actitudes interiores corrosivas que nos destrozan por dentro. Son

el odio, el rencor, el resentimiento, el deseo de venganza o de revancha. Son consecuencias de haber sufrido la violencia o encontrarse en ella. Tales actitudes, en lugar de liberar, atan a la violencia, hacen víctima de ella al hombre interior, destrozan la persona y los grupos llenando el corazón de amargura y paralizando la acción constructiva. Son fuente de actos irracionales de violencia y desembocan en el escepticismo, la desesperanza, el reaccionarismo.

Por fin, la violencia desencadena un "espiral de violencia". La violencia establecida y sus instrumentos de autodefensa y represión provocan la violencia subversiva, que tiende al cambio mediante la destrucción de un orden que considera injusto, que considera un "desorden establecido". Esta violencia subversiva puede provenir de grupos reaccionarios que pretenden asegurar, contra todo lo que crean una amenaza, sus intereses de grupo o añoran reconquistarlos. Puede ser también una respuesta revolucionaria, que brota de la generosidad y de la sensibilidad ante la injusticia, y que aspira a la supresión definitiva de la injusticia y de la misma violencia. La subversión violenta provoca siempre un recrudecimiento de la violencia represiva, o bien consigue salir de una situación introduciendo a otros con ella. "La violencia, dice M. L. King, crea más problemas sociales de los que resuelve, y por tanto no conduce nunca a una paz permanente" (1).

¿Puede, el que utiliza la violencia, liberarse de actitudes deshumanizantes y frustrantes? ¿Puede sobre todo, romper el círculo de la violencia? Pienso que en el fondo de toda violencia late una falta radical de fe en el hombre, un pesimismo sobre la historia humana y

una situación personal abocada a la desesperación.

LA MISTICA DE LA ACCION NO-VIOLENTA

una mística de acción

La principal tarea de la acción no-violenta no es oponerse a la violencia sino oponerse a la injusticia.

Acción no-violenta es una alternativa frente a acción violenta; pero no lo es frente a acción. Es decir, ante los equívocos, las connotaciones o evocaciones que pueda suscitar la expresión "no-violencia", hay que esclarecer que en ningún caso se trata de pasividad, de sumisión o de cobardía.

No puede hablarse de acción no-violenta allí donde no ha habido una percepción y una sensibilidad ante la injusticia, allí donde a esta percepción no sigue un dinamismo de compromiso. La acción no-violenta presupone un análisis que desmascara y desvele la injusticia contenida en la cultura actual, a la vez que asume el compromiso que el mismo análisis impone. La opción por la no-violencia es una opción por un modo radical de lucha contra la injusticia, que supone una previa opción, o que la conlleva: la opción de todo revolucionario entre mantenerse esclavo o luchar por la libertad, entre solidarizarse con los oprimidos o permanecer —lo quiera o no, lo racionalice o no— entre los opresores.

Quien se descubre oprimido comienza a liberarse si, desalojando todo fatalismo, toda desesperanza —comienza a lucha por ser libre. Quien se descubre opresor, comienza a ser libre si—saliendo del círculo de los privilegiados— se solidariza con los oprimidos, asumiendo

su situación y su lucha por la libertad.

Denunciar la violencia que se establece en toda estructura injusta y que anida en las actitudes personales puede provocar reacciones de violencia, tanto represivas como subversivas. Gandhi se encontró con esta aporía: "He intentado evitar la violencia, deseo con todas mis fuerzas evitar la violencia; la no-violencia es el primer artículo de mi fe y el último; pero debía elegir: o someterme a un sistema de gobierno al que considero causante de un mal irreparable a mi país, o correr el riesgo de desencadenar el furor de mi pueblo cuando le dijera la verdad... No pido clemencia, no alego ninguna circunstancia atenuante. Estoy aquí, por lo tanto, para pedir y aceptar alegremente la pena más alta que pueda serme impuesta por lo que, según la Ley, es un crimen deliberado y, a mi parecer, constituye el primer deber de un ciudadano" (2).

una mística de liberación personal

No-violencia designa una actividad más que un carácter innato. Actividad que hay que entender primariamente como liberación personal.

La liberación personal es un camino de purificación y transformación, de abolición de la propia violencia y la propia participación en la injusticia. No se trata de una actitud superficial de dulzura o suavidad. Ni la debilidad de la sumisión, ni la cobardía que rehuye enfrentarse a sí mismo. Vivir en verdad —porque sólo la verdad libera—, amar —porque sólo el amor renueva—.

La pacificación interior destierra todo prejuicio, toda clase de miedos, toda desesperación. Significa,

por el contrario, la seguridad interior y el gozo, la unificación, la reconciliación consigo mismo: aceptar la propia verdad humilde y valientemente.

una mística de liberación colectiva

No-violencia es una actitud que intenta conjugar, en las relaciones personales, en máximo respeto —el amor— y la mayor fortaleza —la verdad—.

No se trata de “vivir en paz”, sino de hacer la paz, de crearla y construirla. Construir la paz es una actitud activa de amor a la justicia y a la verdad, de promoción de la libertad frente a toda opresión.

Ser solidario significa aceptar la propia responsabilidad en el mal. Estar convencido de que nuestra colaboración, por pequeña que a veces nos parezca, agrava la situación de injusticia y hace más inviable su superación.

Ser solidario significa asumir en sí mismo las consecuencias de la injusticia y de la violencia, compartir el ser víctima de ella y ofrecer, para su superación, el propio sacrificio antes que exigir el de los otros. Sólo el propio compromiso con la justicia nos hace idóneos para participar en la liberación colectiva.

fe en el hombre

Quien opta por la no-violencia, como camino de liberación personal y colectiva, parte de un presupuesto radicalmente optimista: la fe en el hombre, en todo hombre; la fe y la esperanza en la historia humana.

La fe en el hombre puede tener sus raíces en una fe religiosa, o bien una antropología humanista. En

cualquier caso, el punto de coincidencia supone la autonomía y responsabilidad del hombre frente a su propio destino y frente a su historia personal y colectiva: una evolución que orienta hacia una mayor personalización y humanización.

Esta fe supone que todo hombre es capaz de descubrir la verdad y apasionarse por ella; capaz de generosidad y amor; capaz de transformación y de mejora, capaz de conversión. Todas las dictaduras (del tipo que sean: políticas, religiosas...) tienen su fundamento y autojustificación en la desconfianza del hombre. Esta desconfianza es también la fuente de todo derrotismo y de toda insolidaridad.

Esta esperanza y optimismo se extiende al futuro de la historia humana, pese a la ambigüedad y contradicciones que dicha historia manifiesta.

Esta fe es un hecho gratuito. Es una evidencia en la duda, una opción. No puede ser impuesta, incluso no puede ser totalmente racionalizada. Es fruto de una experiencia interior que se impone a uno mismo en la contradicción.

la fuerza moral

Hay que enfrentar al mal, con las fuerzas del bien. La pureza de los medios debe igualar la pureza del fin. El fin debe estar implicado y anticipado en los medios.

Negativamente esto supone la renuncia a todo medio que no respete íntegramente la dignidad del hombre y las exigencias de la verdad y el amor.

Puesto que se trata de una opción con la que se contrae un compromiso de conciencia, cualquier duda sobre la eficacia de estos medios queda subjetivamente invalidada. La verdad no puede ser al-

canzada a través de la mentira, del chantaje o la manipulación. La verdad no tiene miedo a ser descubierta, no tiene por qué ser clandestina.

La acción no-violencia impone con la misma evidencia la no cooperación con el mal y la cooperación con el bien.

Positivamente la fuerza moral significa salir al encuentro de la injusticia donde quiera ella se encuentre, con claridad, dando la cara. Significa la evidencia de que la verdadera paz no se caracteriza por la ausencia de tensiones sino por la presencia activa de la justicia.

La fuerza moral significa, finalmente, la fuerza de la verdad y el poder del amor, pese a su aparente debilidad, pese a su desamparo frente a las fuerzas del mal. Sólo un acto verdadero, sólo un acto de amor, hace posible y real la liberación para la verdad y la fraternidad en la justicia.

LA NO-VIOLENCIA COMO CULTURA

Entendemos la cultura como el modo total de la existencia personal y colectiva. La acción no-violenta es una forma de liberación y de ser libre, una forma de vivir y de convivir.

¿Forma la acción no-violenta un grupo específico de acción sociopolítica?

La opción revolucionaria no-violenta se sitúa más allá de las opciones políticas concretas y de los sistemas de convivencia. Puede ser asumida por un grupo; pero no puede ser monopolizada por ninguno. No ofrece un sistema concreto de estructuras políticas o sociales, si bien es incompatible con las

opciones dictatoriales e impositivas y hace viables las opciones democráticas y socializantes.

La maduración de la conciencia personal y colectiva de la humanidad está llegando al punto en que la violencia, toda forma de violencia, no puede armonizarse con el respeto al hombre que admitimos y buscamos. La no-violencia aspira a una nueva era cultural, a trastocar radicalmente la jerarquía de valores en la persona y en las instituciones. Aquí estriba su fuerza subversiva y revolucionaria.

¿utopía o realidad?

No quiero acabar estas reflexiones sin abordar este tema. A la acción no-violenta se la tacha con frecuencia "desde fuera" de utópica y, como una consecuencia, de ineficaz.

En efecto, ¿no se trata (en quienes aceptan la no-violencia como absoluta y como un compromiso de conciencia —el caso, por ejemplo, de los objetores de conciencia al servicio militar—) de una vocación de mártir? ¿No se trata de un idealismo, o incluso, simplemente, de una ingenuidad?

Sabemos que en el terreno de la acción sociopolítica, la eficacia representa, si no el primer valor, sí el definitivo. ¿Guarda la eficacia esta misma jerarquía en quienes eligen la no-violencia de forma absoluta y radical? ¿No se trata más de un imperativo de conciencia, todo lo respetable que se quiera, pero marginado de la eficacia real?

Al plantear los problemas en el terreno de la fuerza moral, de la franqueza más que de la astucia, del respeto más que de la imposición, ¿no reduce a una élite de fuertes, a los libres de condicionamientos, el número de los que pue-

den luchar, así, a todo riesgo? ¿No pierde con ello el poder desencadenante, el poder de movilización, la fuerza de convocatoria? ¿No deja con ello las manos libres a los aprovechados, a los que tienen a su alcance todos los resortes para defender sus intereses, traicionando así "de buena voluntad" a quienes necesitan de una urgente liberación por el camino que sea?

Estas objeciones, que se formulan a nivel teórico o hipotético, parecen recibir una confirmación en la experiencia. ¿No ha sido la violencia, la fuerza y la imposición quienes han conseguido los avances históricos más significativos en los terrenos social y político? Aún en el caso de la acción de Gandhi en la India, que se reconoce de alguna manera eficaz, ¿no se debe precisamente a tal método el que esa independencia no haya sido radical? ¿No es ella la causante de la secuela colonialista que mantiene una estructura de hambre en la India?

He de confesar que dar respuesta a muchas de estas cuestiones, sobre todo las históricas, requeriría un caudal de datos y análisis que no tengo. Más aún, ni siquiera desde el punto de vista teórico voy a intentar dar una respuesta directa.

Entiendo que la Acción No-violenta es a la vez una manera de ser y de vivir y una forma de liberación personal y colectiva; liberación espiritual y moral a la vez que social y política. Creo que la no-violencia es una maduración de la conciencia de la humanidad. Pienso que es ininteligible, si no aceptan las ideas expuestas en el apartado que he llamado "mística de la no-violencia". Tales ideas creo que pueden ser aceptadas por todo hombre, si bien son más asequibles a partir de ciertas situaciones vitales, como la fe religiosa, por ejemplo. Pertenecen efectivamente al terreno de la fe, de las opciones libres. En realidad, pertenecen al terreno de aquellas cosas que pueden vivirse de forma absoluta (entiéndaseme, aspirar a ellas), pero no puede racionalizarse del mismo modo. La igualdad de todos los hombres, la dignidad de la persona, la fraternidad universal, se sitúan en el mismo nivel.

El no-violento (por descontado, aceptando su propia limitación) cree que la no-violencia es la forma más justa, más humana, a la vez que más viable y eficaz, de vivir en la actual sociedad. Convertir la utopía en realidad es la tarea histórica de la humanidad.

Notas

- (1) MARTIN LUTHER KING, *La fuerza de amar*. AYMA, S. A. Editora Octava edi. BARCELONA (1970), pág. 14. Sobre este tema de la ineficacia y prejuicios que acarrea la violencia puede verse el librito de HELDER CAMARA, *Espiral de Violencia*, Ediciones SÍGUEME.
- (2) Este párrafo pertenece a la declaración hecha por Gandhi en el gran proceso de 1921. Puede verse en el apéndice de documentos que CAMILLE DREVET recoge en el libro *GANDHI, su pensamiento y su acción*. Edit. FONTANELLA, Barcelona (1962), págs. 193-199.